
Cuentos cortos:

La otra cara de la mente: Relatos sobre el estigma

The Other Side of the Mind: Stories of Stigma (short stories)

Fabiana Zankiz, Isabela Álvarez Landívar, Bruna Letelier Salazar,
María Trinidad Terceros Pavisich, Juliana Méndez Pérez

Universidad Privada de Santa Cruz de la Sierra

En octubre de 2024 se llevó a cabo la 35ª Jornada de la Escuela Complutense Latinoamericana en Santa Cruz de la Sierra, Bolivia. Esta escuela tiene como finalidad fortalecer un marco de cooperación universitaria a nivel internacional, promoviendo actividades que estrechen los vínculos no sólo entre las instituciones, sino también entre los integrantes de las comunidades académicas. Estudiantes y docentes de la carrera de psicología de la Universidad Privada de Santa Cruz de la Sierra tuvieron la oportunidad de participar del curso titulado *“Innovación en Salud Mental: Arte, Comunicación Audiovisual e Inteligencia Artificial en la Lucha contra el Estigma”*, cuya finalidad fue explorar métodos interdisciplinarios para abordar el estigma en salud mental, promoviendo enfoques innovadores que integran el arte y la tecnología para sensibilizar sobre esta problemática.

En este contexto, se asignó a los participantes del curso la tarea de crear un proyecto artístico que reflejara la problemática del estigma y el impacto de éste en sus vidas, con el fin de facilitar un entendimiento empático e integral. El presente manuscrito hace referencia a las diferentes expresiones de estigma y sus repercusiones en las vidas de quienes son objetivo de éstas. Está el *estigma público*, que se refiere a las actitudes negativas o discriminación hacia las personas que padecen una enfermedad mental (Sheehan et al., 2017). También se aborda el *autoestigma*, que implica la internalización de estos prejuicios, que lleva a la persona afectada a experimentar una visión negativa de su propia condición, a menudo manifestada en sentimientos de vergüenza (Corrigan y Watson, 2002). De igual forma, se explora el *estigma por asociación* como la atribución de estereotipos y discriminación a cuidadores y profesionales de la salud mental, así como sentimientos de vergüenza, enojo y culpa (Goffman, 2009).

Trabajo realizado para el curso de “Innovación en Salud Mental: Arte, Comunicación Audiovisual e Inteligencia Artificial en la Lucha contra el Estigma” realizado dentro de la 35ª Jornada de la Escuela Complutense Latinoamericana, en Santa Cruz de la Sierra, Bolivia. Coordinado por la Dra. Berta Ausin Benito y la Dra. Marion K. Schulmeyer.

Es así como este trabajo, titulado *“La otra cara de la mente: Relatos sobre el estigma”*, presenta un compendio de experiencias reales que ilustran a través de relatos narrados en formato de cuento la expresión del estigma. La narrativa explora cómo el estigma afecta la vida cotidiana de las personas, no sólo de quienes lo sufren, sino también de quienes las acompañan. A través de estas historias de vida, el cuento invita a la reflexión sobre las barreras que enfrentan las personas discriminadas, fomentando una comprensión empática de sus experiencias. Al adoptar una perspectiva narrativa, este trabajo busca contribuir a la sensibilización social, subrayando la importancia de las herramientas narrativas en la investigación académica para abordar cuestiones fundamentales en salud mental y en las ciencias sociales.

Esta obra plantea ir más allá, y para eso, darse el permiso de ir más adentro, y dismantelar en distintos niveles los procesos de estigmatización. Es por eso por lo que se invita al lector a proceder con astucia, crítica y una mente con espacio para controversias. La experticia en señalar será útil en algunos casos, pero no lo será en esta obra. Permítase reflexionar, y si no sabe por dónde comenzar, nos tomamos la molestia de decirle: Comience por usted. “Vivimos en una sociedad que, sin darnos cuenta, tiende a ubicarse siempre en una posición de juicio, comparando y clasificando a los demás. Así nacen las etiquetas, los estereotipos y los prejuicios, los primeros ladrillos de la barrera de la discriminación. Nos volvemos expertos en señalar “lo diferente,” y al hacerlo, creamos distancias que aíslan y dañan.”

Fabiana Zankiz
Trinidad Terceros Pavisch
Isabela Álvarez Landívar

Abuelito



Esta historia es especial, es sobre mi abuelito. Para mí, un héroe, una persona valiente y resiliente. No te diré su diagnóstico, porque no lo reduciré a una sola etiqueta. Él es mucho más que eso... En sus últimos años, su memoria comenzó a fallar, y en cada pregunta que hacía veía la ternura y vulnerabilidad de alguien que todavía tenía mucho amor por dar. Pero para algunos de la familia, esas preguntas repetitivas eran una carga. Empezaron a llamarlo “loco”, “desubicado”, o a decir con lástima: “Qué pena el pobre.” Y yo pienso: ¿no te das cuenta de que reducirlo a pena es hacerlo menos? ¿De qué cada comentario así lo aleja de quienes ama? Lo hicieron a un lado, separándolo en la mesa para que “no moleste.” Así, lentamente, comenzaron a quitarle su lugar en familia. Y aunque a veces me veía como una niña pequeña, había momentos en los que volvía a ser él, me reconocía como universitaria y no como una niña. En esos instantes, siempre me felicitaba por mi carrera, me decía lo orgulloso que estaba, lo hermosa que era y cuánto me amaba. Porque él no es sólo un diagnóstico. Él es mi abuelito, un ser que da amor, alguien resiliente, valiente. Un ser humano. No olvidemos que cada persona, con el simple hecho de ser persona, merece respeto.

La lección de Diego



Había una vez una niña llamada Ana que tenía un hermano mayor llamado Diego. Diego era especial, no sólo porque era su hermano, sino porque había nacido con un don especial: el síndrome de Down. Desde que Ana podía recordar, Diego había sido su compañero de aventuras y su mejor amigo, alguien con quien compartía risas y juegos. Pero mientras Ana veía en su hermano a un amigo y alguien que siempre estaba allí para ella, no todos pensaban lo mismo. A menudo, cuando Ana y Diego caminaban juntos por el parque o iban a la tienda, notaba las miradas de las personas. Algunas miradas estaban llenas de curiosidad, otras de incomodidad, e incluso, a veces, de rechazo. A lo largo de los años, Ana escuchó preguntas hirientes y desubicadas, como: "¿Por qué su cara se ve así?" o comentarios insensibles que, aunque no iban dirigidos a ella directamente, se sentían como pequeñas punzadas en el corazón. Una tarde, mientras jugaban en el parque, Ana notó que un grupo de niños señalaba a Diego y reía en voz baja, haciendo comentarios que no pudo ignorar.

Se acercó a ellos, con valentía, y les dijo: "¿Saben? Diego es mi hermano, y no sólo es increíblemente bueno en muchas cosas, sino que también tiene sentimientos, igual que ustedes. A veces, las palabras pueden lastimar mucho más de lo que imaginan". Aquella noche, Ana habló con su mamá. Le contó lo difícil que era a veces enfrentar esas miradas y comentarios, y cuánto le dolía ver a Diego afectado por ellos. Su mamá la abrazó y le dijo: "Diego es fuerte, y nosotros también lo somos. Las personas muchas veces no entienden, pero eso no significa que no puedan aprender. Debemos ser quienes les enseñemos que Diego, como cualquier persona, merece respeto y cariño". Desde entonces, Ana decidió que no sólo protegería a su hermano, sino que también ayudaría a otras personas a entender lo valiosas que eran las personas como Diego. Hablaba con sus amigos en la escuela, contaba las cosas que Diego podía hacer y les mostraba cuánto podían aprender de él. Así, Ana y Diego siguieron compartiendo sus días, y con el tiempo, gracias a su paciencia y valentía, lograron que muchos vieran a Diego no sólo como alguien diferente, sino como una persona llena de amor y talentos únicos. Y Ana descubrió que, aunque el camino no siempre fuera fácil, valía la pena defender lo que más quería en el mundo: el respeto y la dignidad de su hermano.

Entre el cariño y el miedo



Mi tío solía ser “normal.” Era joven, estudiaba en la universidad y tenía un futuro por delante. Pero el diagnóstico llegó sin avisar, etiquetando su vida y la de todos a su alrededor. Esquizofrenia. ¿Qué hacer? Sus episodios en Argentina se volvieron una carga que lo empujó de regreso a Bolivia, donde lo internaron. Decían que allí podría estar mejor, más seguro... y sobre todo, vigilado. En casa no podrían ofrecerle la supervisión que, según creían, necesitaba. Mi abuelo, se negó a deshacerse del hermano que conocía. Cada fin de semana lo buscaba y compartían risas, conversaciones largas. A pesar de todo, parecía el mismo: era un hombre que cautivaba por su inteligencia, por su manera de ver el mundo. Era el tipo de persona con la que uno se encontraba charlando largo rato, sólo para después sorprenderse al escuchar su diagnóstico. El estigma hacia su trabajo en silencio: tras cada conversación, siempre aparecía esa sombra de duda. La noticia de su diagnóstico era recibida con susurros, miradas incrédulas, y a menudo el respeto que daba paso a la desconfianza, a la

cautela. La esquizofrenia, más que su historia o sus palabras, parecía definirlo en los ojos de los demás. Entonces ocurrió aquel domingo. Un día que empezó como cualquier otro, en la cocina, mientras charlaba con mi abuela, la esposa de su hermano. Algo cambió en el aire, un momento de tensión, de algo inexplicable. Mi tío tomó un cuchillo en un arrebato, y en ese instante, la calma se rompió. Mi abuela, aterrada, lo calmó como pudo y llamó a mi abuelo, quien, al llegar, encontró en su mente una conclusión tan inevitable como dolorosa: ya no era seguro tenerlo en casa. Mi abuelo lo llevó de vuelta al centro, y aquel viaje fue diferente. Esta vez, cerró una puerta, no sólo física, sino emocionalmente. Fue una decisión movida por el miedo, por el sentido de responsabilidad, pero también por la frustración de no saber cómo gestionar una enfermedad que nadie le había enseñado a comprender. El amor y el vínculo que los unía ahora tenían la sombra del estigma: un estigma que no era sólo social, sino personal, interno, que se convertía en miedo y distancia. Desde ese día, las visitas se hicieron esporádicas, casi formales, como un deber al que había que responder de vez en cuando. Lo que antes eran encuentros cálidos cada fin de semana se convirtió en un llamado ocasional, una visita anual. Los años pasaron y el silencio fue llenando el espacio donde antes había hermandad, cariño, palabras compartidas.

Más que palabras



Había una joven llamada Camila, llena de sueños y un profundo deseo de ayudar a quienes enfrentaban dificultades. Un día, en uno de sus días de aprendizaje, conoció a un padre que llegó a buscar orientación sobre su hijo. El joven tenía una condición mental que a veces le llevaba a actuar de forma impulsiva, y recientemente había pasado por un episodio difícil que preocupaba mucho a su familia. El padre, visiblemente agotado, explicó que su hijo había tenido un comportamiento confuso, que lo llevó a encerrarse en un baño con una chica sin entender las consecuencias. Todo esto, contaba el padre, sucedía cuando su hijo olvidaba tomar sus medicamentos. Camila escuchaba con atención, sintiendo el peso de la situación y la angustia de aquel padre que buscaba ayuda. Pero entonces, otro profesional en la sala, alguien a quien muchos consideraban una figura de autoridad, hizo un comentario que la dejó sin palabras: "A este chico le hacen falta unas buenas palmadas", dijo con tono despreocupado, como si los problemas de aquel joven se resolvieran con violencia. El impacto de esas palabras cayó como un peso en el pecho de Camila. ¿Cómo alguien podía sugerir que la solución era castigar a un joven que ya vivía una lucha

tan complicada? ¿No veía el sufrimiento de aquella familia, que sólo buscaba apoyo para entender y guiar a su hijo? Esa experiencia le hizo ver a Camila que el verdadero cambio no sólo estaba en ayudar directamente a quienes lo necesitaban, sino también en recordar a todos que, en los momentos de vulnerabilidad, las personas con condiciones mentales necesitan empatía y respeto. Con valentía, comenzó a hablar con quienes le rodeaban, explicando la importancia de tratar a cada persona con dignidad y comprensión, especialmente en los momentos en que se sienten más perdidos. Desde aquel día, Camila decidió que no importaba cuánto tuviera que esforzarse: siempre sería una voz de compasión y respeto, y enseñaría a quienes estaban a su alrededor que, a veces, una palabra de apoyo valía mucho más que cualquier otro tipo de "corrección". Y así, con el corazón firme y sus ideales claros, Camila empezó a cambiar, poco a poco, el mundo que la rodeaba.

Eva



Eva se levanta todos los días dadas las cinco en punto en el reloj de la mesa de noche. Entonces, prepara la comida para el día. Y es que no sólo Mamá tiene que

comer sus tres comidas diarias, su marido Pablo sale a las ocho a trabajar, entonces claro, el almuerzo queda listo para él. Eva además se encarga de 3 hijos, pero ahora sólo tenemos tiempo para hablar de Jorge, el menor de todos. Jorge suele comentarle a Eva, usualmente sobre un plato de pan con mantequilla en el desayuno, “Mamá, pero ¿por qué no me dejás trabajar? Puedo lavar micros como mi hermano mayor, aportar algo a la mesa.” Eva se niega, no sin olvidar la gracia que sólo una madre puede portar, y le recuerda a Jorge que todavía tiene estudios por terminar. Él insiste, “Mamá, pero es que para el estudio yo no sirvo, si soy burro, me cuesta leer. Todos en el colegio me dicen así, y encima, me dicen gordo. No quiero ir.” Pero ella insiste, Eva confía que puede entregarles a sus hijos un regalo que toda la vida lamenta no haber recibido, la educación. Jorge va al colegio entonces, y Eva se va a trabajar, y Pablo sale a las ocho y vuelve Dios sabe cuándo. Y así se repite cada día la rutina de esta familia, por supuesto, con más escenarios que se le privarán al lector por cuestiones prácticas. En un cambio de eventos, sin embargo, Jorge vuelve a casa un día con la idea de que debe adelgazar. “Mamá, es que los panes habían tenido un montón de calorías, más encima con mantequilla, con razón estoy tan gordo, así como dicen en el colegio.” Eva se alegra, un hábito sano más en casa no puede ser más que obra de su arduo trabajo como madre. Después de todo, ella había insistido con que Jorge coma verduras. Las ideas de Jorge, sin embargo, no se detienen ahí. “Pero mamá, es que le pones aceite a la ensalada, ¿así cómo me la voy a comer? No, mejor no como hoy.” Eva entonces siente que algo está mal, pero no comprende qué. Los días pasan, el trabajo no para, y bajo este sol muy pocos tienen el lujo del tiempo, de

la convivencia entre seres queridos y de preguntarle a su hijo por qué no ha estado comiendo nada de lo que se le sirve en el plato. La llamada llega un martes a las cuatro. Eva contesta, sacándose el sudor de la frente, y escucha las palabras de su hermano, quien sin titubear le cuenta cómo Jorge ha sido encontrado tirado en la cocina, inconsciente y pálido. “Es anorexia.” Dicen los doctores más tarde, luego de que Eva ha cruzado la ciudad para llegar a la consulta. “Mamá, yo así no puedo trabajar, no puedo ayudarla, soy un inútil.” Dice Jorge, unos días después, todavía débil en cama. “Déjeme morir, mamá.”

Las miradas de otros



Valeria siempre supo, desde pequeña, que algo en ella no encajaba con lo que muchos consideraban “normal”. Al crecer, descubrió que sentía atracción hacia otras chicas, un sentimiento que en su entorno se consideraba casi un tabú. La sola mención de la palabra “homosexualidad” evocaba una sombra de prohibición, algo que no debía discutirse. Cada vez que el tema surgía en conversaciones, los comentarios que escuchaba eran negativos. Algunos adultos afirmaban que “eso no es natural”, mientras otros susurraban,

con desaprobación, que “esas personas estaban perdidas”. El ambiente en el que Valeria vivía percibía el amor entre personas del mismo sexo como una deshonra, algo que podría traer vergüenza a una familia. Le dolía oír a amigos y familiares hablar de la homosexualidad como algo “anormal”, que provocaba “asco” o que sólo existía porque algunas personas se desviaban del “camino correcto”. Cada palabra que escuchaba se clavaba profundamente en su ser, haciendo que creciera en ella el miedo a ser rechazada, al punto de considerar que era mejor esconder su verdadera identidad. En silencio, Valeria escuchaba aquellos comentarios, intentando que nadie notara el temblor de sus manos o la tristeza en su mirada. Sentía como si estuviera atrapada en una prisión de opiniones y prejuicios, rodeada de un muro invisible que la distanciaba de los demás. Llevaba una máscara todos los días, una que le brindaba una falsa protección, pero que también la hacía sentir terriblemente sola. Un día, mientras paseaba por el parque, sus pensamientos se interrumpieron al ver a una pareja que conversaba con ternura. Al principio, no le pareció nada extraordinario, hasta que se dio cuenta de que se trataba de dos mujeres que, sin temor alguno, se tomaban de la mano y se miraban con amor. En ese momento, Valeria sintió una mezcla de envidia y esperanza. Pensó que, si aquellas mujeres podían vivir su verdad sin miedo, quizá ella también podría hacerlo. Valeria comprendió entonces que el estigma y los prejuicios sólo tenían poder sobre ella si ella se lo permitía. Sabía que el camino hacia la autoaceptación no sería sencillo, pero estaba decidida a encontrar su propio lugar en el mundo, uno en el que pudiera amarse plenamente, sin vergüenza ni temor.

Prejuicios del Entorno



Estar rodeada de estigma es difícil. Hoy quiero contarte la historia de alguien que vivió luchando contra miradas y comentarios hirientes. A esta persona le diagnosticaron diabetes, y cada vez que pedía algo sin azúcar, la juzgaban, la miraban mal. Recuerdo un día en el que todos pidieron helado, y cuando ella rechazó uno para cuidarse, recibió comentarios como "qué ridícula" y "nos hace quedar mal cuidándose". Pero esto es sólo el comienzo. Intentó varias veces cuidar su bienestar, pero incluso sus propios regalos eran chocolates y postres que no podía comer, como si su bienestar no importara. Tiempo después, enfrentó una crisis de ansiedad y buscó ayuda psiquiátrica. Sin embargo, al contar cómo su entorno la trataba, la misma psiquiatra, preocupada, le sugirió que pasara la noche en un lugar tranquilo y no en su hogar ni en la internación, evitando el internamiento para protegerla de posibles comentarios hirientes de su propia familia. Aun así, su equipo terapéutico insistió en una terapia familiar. Sin embargo, la respuesta de su familia fue desoladora: "Eso es para locos", "No necesitas ayuda, es por el azúcar", "Estás bien así". Más

adelante, fue diagnosticada con depresión, y la reacción fue la misma: "Qué pena, la pobre", comentarios que, en lugar de ofrecerle apoyo, sólo la hicieron sentir aún más sola. Con el tiempo, dejó de asistir a terapia por miedo a las etiquetas de "loca" y la "pobre que daba pena", luchando sola, sin el apoyo de quienes más necesitaba. Te lo cuento porque hoy ella ya no está. No etiquetas al resto, ni disminuyas su lucha.

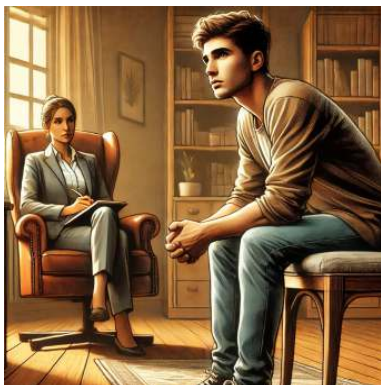
Cuando la fortaleza se quiebra



Mi mamá siempre fue una mujer de hierro. Decía que los psicólogos eran para personas que "no podían con sus problemas" y, cuando mi hermana mayor quiso estudiar psicología, mi mamá fue clara: "Esa carrera no es para nosotros, es para atender a los locos." Nunca lo decía con maldad, pero siempre con una distancia, como si esos problemas no pudieran afectarla. Entonces llegó la pandemia, y el peso de cada día comenzó a abrumarla. La tristeza fue llenando su vida, y su energía habitual se apagó hasta que apenas podía levantarse de la cama. El diagnóstico fue devastador: depresión severa. De un día para otro, aquella mujer

fuerte y segura quedó atrapada en un mundo de sombras, donde hasta las tareas más simples eran imposibles. Lo peor no fue sólo la enfermedad, sino el cambio en cómo la veían los demás. Mi mamá, que siempre había sido símbolo de fortaleza, se convirtió en objeto de lástima. Las llamadas de familiares y amigos comenzaron a llegar constantemente, no para hablar con ella, sino para asegurarse de que estaba bien, de que no se le dejaba sola. A ella, esta vigilancia la hacía sentir que ya no era la misma, que había dejado de ser la mujer fuerte para convertirse en alguien de quien había que preocuparse, en alguien de quien había que compadecerse. Nosotros, como su familia cercana, también sentimos el peso del estigma. Recibíamos miradas de reprobación, como si alguien en su estado fuera un reflejo de nuestro fracaso. Nos insistían en que "debíamos ayudarla" y "estar ahí," como si no supiéramos lo que ella significaba para nosotros. A veces, las palabras venían con juicio: "¿Por qué está así tu mamá? ¿No están haciendo lo suficiente?" Parecía que, de un día para otro, se hubiera vuelto alguien ajena, una extraña a quien se le debía cuidar más que comprender. Con el tiempo y el apoyo adecuado, mi mamá logró salir adelante. Volvió a encontrar su fuerza, pero el recuerdo de esa etapa y la distancia con la que otros nos miraban dejaron una marca en todos nosotros, como una advertencia de lo que realmente significa estar en la línea de "ellos."

El peso de las palabras



Manuel siempre había sido una persona reservada. Su círculo cercano conocía su sensibilidad, y, tras el fallecimiento de su madre, aquella sensibilidad se profundizó. La tristeza se apoderó de él, y, poco a poco, comenzó a aislarse, sumergiéndose en una nube de pensamientos oscuros. Después de meses sin hallar consuelo, se animó a hablar con un psiquiatra. Le diagnosticaron depresión y le recetaron medicación para ayudarlo a sobrellevar el dolor. En una reunión con viejos amigos, Manuel decidió abrirse y contarles por lo que estaba pasando. Uno de ellos, en tono despreocupado, comentó: “¿Pero tan mal estás que necesitas medicación? Eso te va a hacer dependiente. Yo nunca tomaría esas cosas.” Otro amigo lo miró con lástima y, suspirando, le dijo: “Bueno, hay que tener la mente fuerte, eso es lo importante.” Aquel encuentro dejó a Manuel con un nudo en la garganta. Las palabras de sus amigos, lejos de reconfortarlo, lo hicieron sentirse pequeño, como si su dolor no fuera legítimo. Durante días se debatió entre seguir con el tratamiento o abandonarlo, convencido de que nadie realmente podría entenderlo. Sin embargo, con el tiempo, Manuel comprendió que su camino era sólo suyo y que debía poner su salud mental en

primer lugar. Aceptó que buscar ayuda no era una muestra de debilidad, sino un acto de valentía. Decidió que no permitiría que las opiniones ajenas dictaran su proceso de sanación y, con cada día que pasaba, comenzó a sentirse más ligero y en paz. Hoy, Manuel continúa su tratamiento y sabe que su historia puede inspirar a otros. Ha aprendido que las palabras pueden ser un peso... o un alivio. Y ahora elige las suyas con cuidado, recordando que, detrás de cada batalla, hay una historia que merece respeto y comprensión.

¿No me reconocés?



Me había mojado los zapatos para alcanzar a la ventera antes de que cierre el quiosco por la noche. Mirando atrás, esa lanzada en plena calle a oscuras con semejante torrencial no fue pensada. Parecía El Diluvio. Pero ahí estaba yo, ya con los quintos en la mano para pagarle la cajetilla de cigarros que me embolsillé ni bien me entregó. Entonces, alguien me golpea el brazo. Yo, a mis 67 años, ¡qué me voy a estar acordando del nombre de cada persona con la que he hablado en mi vida! Pero hombre, las caras siempre me suenan. A veces son los ojos, a veces es la sonrisa, a veces es la postura.

Pero a quien tenía en mi delante era un completo extraño. —Oí, Choco, ¿qué es? ¿No saludás? —el extraño me insistió con otro golpe en el brazo y yo pensé que iba a tener que llamar a los pacos. Mirándolo más de cerca, pude ver su ropa sucia, sus dientes descuidados, estaba demacrado. —¿Perdón? —le dije, ya casi con miedo. Sabía mi nombre, el nombre que Yaya me puso de cariño cuando era pelado y quedó para todos mis amigos. —¡Vaya che! Elay, alzado. ¿No me vas a dar ni 20 pesos? Soy Benito. —alzó los brazos a los lados, como si el joven que conocí hace 30 años, hijo de Don Raúl y Doña Sarita, bien peinado, fuera a aparecer por milagro delante de mí así nomás. Los recuerdos me golpearon en el pecho, pero no, delante de mí, sólo veía un rostro completamente ajeno, casi de terror, sin rastros de la elegancia del Benito de mi juventud. Más tarde, yo ya me había enterado de todo. Llamé a Pipa y me contó la historia. —Sí, es que Benito había sido medio disparatado de pelado. Dicen que un día llegó la madre a la casa y había estado en pelotas esperando para matarla. —le conté a mi hija, que me miraba con ojos de sapo. — Entonces ahí Don Raúl lo sacó a patadas de la casa. Dice que Benito volvió después llorando y pidiendo ayuda, pero ni los hermanos lo querían de vuelta. —¿Y qué pasó después? —me preguntó ella. No pues, no saben, no lo volvieron a dejar entrar a la casa. Pero seguro le metió a las drogas. Si todavía sigue en la calle es por algo. Más bien no le di plata porque es para mal, después va a comprarse pitillo.

Referencias

- Corrigan, P. W., & Watson, A. C. (2002). The paradox of self-stigma and mental illness. *Clinical Psychology: Science and Practice*, 9(1), 35–53. <https://doi.org/10.1093/clipsy.9.1.35>
- Goffman, E. (2009). *Stigma: Notes on the management of spoiled identity*. Simon and Schuster.
- Gaebel, W., Rössler, W., & Sartorius, N. (2017). Estructuras y tipos de estigma. En L. Sheehan, K. Nieweglowski, P. W. Corrigan (Eds.), *El estigma de la enfermedad mental: ¿el final de la historia?* (pp. 43-82) Springer International Publishing. <https://doi.org/10.1007/978-3319-27839-1>
- OpenAI. (2025). *Todas las ilustraciones*. ChatGPT (versión de IA GPT-4o). <https://chat.openai.com>